

# LAMERCÉ 2017

PREGÓN DE LAS FIESTAS

Marina Garcés

Saló de Cent, 22 de setembre de 2017  
Ajuntament de Barcelona



# **PREGÓN DE LAS FIESTAS DE LA MERCÈ 2017**

Marina Garcés

Saló de Cent, 22 de setembre de 2017  
Ajuntament de Barcelona

## Ciudad reencontrada

*Un nosotros sin nombre, hecho de todos nuestros nombres*

Amigos, amigas, *our guests from Iceland*, barceloneses residentes, barcelonesas de paso, recién llegados, migrantes con papeles y sin papeles, jóvenes y no tan jóvenes de Barcelona que os habéis ido; trabajadores públicos que hacéis que funcione esta casa, tanto si sois políticos como funcionarios, becarios o precarios; gente querida, parientes, amigos y conocidos y, especialmente, todos aquellos que no me conocéis ni sabéis por qué estoy haciendo el pregón de la Mercè, **feliz fiesta mayor**.

I

Da impresión estar aquí, en el Saló de Cent, para tomar la palabra y dirigirme a mi ciudad. Si no lo recuerdo mal, la última y única vez que he estado aquí fue, hace muchos años, en una boda. No era yo quien se casaba, sino unos amigos, y estaba sentada en los bancos donde ahora os encontráis algunos de vosotros, admirando el decorado. Ahora no podré deleitarme mirándolo, si no quiero perder el hilo. Así pues, regreso al mismo lugar bajo el signo de la fiesta, para celebrar también esta vez el momento de juntar nuestras vidas, el deseo de estar juntos. En este caso, ya no el deseo íntimo de dos personas que se aman, sino el del conjunto de los habitantes de esta ciudad de encontrarse en torno a la música y el

fuego, al baile y la palabra, a las tradiciones populares, las artes y todas aquellas celebraciones que están por inventar.

Tomar la palabra, en estos momentos, no es fácil. Primero, cuando acepté hacer el pregón, me temía una lluvia de insultos. No me dan miedo, pero me entristecen y empobrecen la vida colectiva. Ahora, lo que nos encontramos es que se prohíbe, se reprime y se criminaliza la expresión pública de la palabra. Estamos viviendo una situación de excepcionalidad institucional y política precisamente como consecuencia de esa prohibición de expresarnos libremente en un referéndum. Si he aceptado el reto poco cómodo de hacer este pregón es, precisamente, porque, incluso en un momento como este, confío en la palabra libre. La palabra libre no es decir cualquier cosa, sino poder dirigirnos la palabra y compartirla contra toda forma de dominio y de coacción. Esta palabra libre es, para mí, el meollo de la filosofía, lo que le da sentido dentro y fuera de las aulas. Pero la palabra libre es también la condición fundamental de la vida colectiva en todas sus dimensiones: cultural, ética, política y, también, festiva. Estos días, mientras escribía y reescribía este pregón, he ido recibiendo muestras de apoyo, como si partiera a la guerra. Tomar la palabra puede ser una lucha, pero no es ir a la guerra. La palabra libre siempre es una fiesta, aunque sea necesario luchar para conseguirla. Y hoy, a pesar de todo, estamos de fiesta.

En los pueblos pequeños y en los barrios, las fiestas mayores marcan el calendario cíclico del reencuentro público. Si la Navidad es el momento del reencuentro privado, de «volver a casa», como decía el anuncio, las fiestas mayores en nuestra cultura son el momento de volver a la plaza y a las calles para poner al día nuestras vidas y saber qué se ha hecho de cada uno de nosotros. Yo lo viví en La Selva de Mar, el pueblo de mi infancia y primera juventud. Cuando llega la fiesta mayor, a principios de agosto, regresan al pueblo aquellos que se habían ido, se siente con mayor fuerza la ausencia de los muertos, se celebran los primeros pasos de los más pequeños, cuando ya pueden bailar en la primera fila del escenario, se recuperan antiguos amores, se siente envidia de los jóvenes que salen a bailar y a divertirse, y se acompaña la tristeza de los viejos y enfermos cuando, por falta de fuerzas, se pierden su primer baile. También es el momento en el que se hacen evidentes los divorcios y cambios de pareja, las rencillas personales y los conflictos políticos, los disgustos, las soledades y los mundos rotos. Siempre sabemos que hay alguien que, por alguna razón, no volverá. Pero incluso las ausencias cuentan. Este año, para nosotros, en Barcelona, es un año de ausencias especialmente dolorosas.

En las grandes ciudades, las fiestas mayores se han convertido en grandes festivales, en acontecimientos de masas en los que cada vez es más difícil encontrarlos. Quedas con los amigos, y seguro que al cabo de un rato ya los has perdido entre la multitud. El consumo y el ocio cultural dominan la fiesta y disuelven el reencuentro. Sin embargo, siento que este año las Fiestas de la Mercè tendrán un carácter distinto, un sabor dulce y amargo que no sentíamos desde hace muchos años, quizá décadas, en los que esta ciudad había llegado a olvidar el terrorismo y la guerra. Este año recordábamos con dolor los 30 años de Hipercor, como si fuese un pasado lejano. Pero estos días, la violencia global ha irrumpido en Barcelona. Durante estas fiestas de la Mercè, todos llevaremos muy dentro una ausencia igualmente dolorosa: la de las personas que nunca más volverán a Barcelona ni a sus fiestas, no porque no quieran, sino porque el 17 de agosto perdieron la vida en la Rambla, en la Diagonal y en el paseo de Cambrils. Y junto con ellos, también, la de unos jóvenes de Ripoll que tampoco estarán y sobre quienes siempre tendremos la duda de si realmente querían morir matando, como lo hicieron. Por todos ellos y por todos aquellos que han quedado heridos para siempre con sus muertes, y también por todos aquellos que mueren debido a la violencia cada día más allá de nuestras malditas fronteras, hagamos de esta Mercè un reencuentro con la ciudad, con sus calles y plazas, y sobre todo un reencuentro entre nosotros. Mirándonos a los ojos no solo para emocionarnos un momento, sino para romper con la indiferencia que normalmente nos separa y con la hostilidad que cada vez más a menudo nos enfrenta.

## II

Con cada vida segada, con cada pilón de hormigón, con cada control policial, la ciudad es menos ciudad. Porque, precisamente, ¿de qué está hecha una ciudad? Del ir y venir libre de la gente. Cuando decimos «ciudad» pensamos en su trama urbana, en sus edificios y monumentos, en sus equipamientos, en su *skyline*, en su marca... Pero ninguna de esas cosas es nada sin la gente que va y viene, que llega y se va, que arraiga y que migra de forma anónima y siempre nueva. ¿Qué es una ciudad? Un lugar al que se puede llegar para reiniciar la vida entre desconocidos. Una ciudad no es, por lo tanto, una mercancía, ni un espacio de consumo, ni una empresa, ni una marca. De Barcelona se ha hecho precisamente eso: un producto, una mercancía y una marca. Algunos incluso se enorgullecen

de ello, y se enriquecen a su costa. Pero hay que dejarlo claro de entrada: Barcelona no es su marca. La marca Barcelona ni nos hace mejores ni nos representa. Hace muchos años que lo denunciarnos quienes, desde muchos colectivos de la ciudad, nos hemos organizado y hemos resistido a la marca Barcelona. La marca expropia y saca rendimiento de los espacios de vida, físicos y simbólicos, urbanos y afectivos. La marca convierte la ciudad en un espacio para la circulación (de bienes, de capitales y de personas) donde cada vez es más difícil y más caro poder llegar, arraigar y construir una vida.

***Si estoy aquí hoy***, compartiendo la palabra con todas las personas con quienes convivo, es porque mis antepasados, por distintos caminos, pudieron llegar a Barcelona buscando una vida vivible. Desde Sigüenza, desde Tremp, desde el Alt Empordà, desde Portugal, desde Badalona, los caminos de algunas personas que no se buscaban ni sabían nada unas de otras se cruzaron en Barcelona.

***Si estoy aquí, con vosotros***, es porque mis abuelos no solo pudieron llegar aquí, sino que en un determinado momento quisieron regresar de nuevo desde sus respectivos exilios después de la guerra, para seguir defendiendo, con el miedo de los vencidos, sus ideas, sus formas de vida y su lengua. Mi abuela materna, de 98 años, está hoy aquí con nosotros. Olvida el presente tan deprisa como llega, pero nunca dejará de recordar el último tren que salió de París cuando entraban los alemanes y con el que ella regresó del exilio, embarazada de su primer hijo.

***Si estoy aquí, y me emociona*** estar ahora hablando entre estas paredes, es también porque tanto mi madre como mi padre, los dos, hicieron de sus profesiones un compromiso con Barcelona. Me enseñaron que existe una forma honesta de hacer ciudad. Si algo he aprendido de mis padres es la honestidad. La honestidad y el pensamiento independiente, que son inseparables. Mi madre, que murió hace ahora quince años, trabajaba aquí, en el Ayuntamiento, como enlace entre Barcelona y la América Latina rebelde que tanto amaba. Hizo del municipalismo una apuesta personal, y aprendí con ella, que no era de ningún partido político, que el municipalismo no es ganar elecciones y gestionar un ayuntamiento, sino tejer relaciones cara a cara, ciudad a ciudad, horizontalmente y desde el compromiso. Mi padre, que hoy también está aquí, me ha enseñado que existe una forma de hacer arquitectura que no engaña ni juega al artificio, que no impone su capricho emblemático y mercantilista, una arquitectura, sea popular o culta, antigua o

nueva, que sabe escuchar lo mejor de aquello que la ciudad ha ido recibiendo del paso de los años y del paso de la gente. De ambos he aprendido, por lo tanto, que una ciudad no es el juguete ni el proyecto de sus políticos ni de sus empresarios, ni de sus gestores, ni de sus visionarios, sino el tejido delicado de muchas manos, de muchas vidas y de mucha gente que no necesita estar en primera fila ni entrar en la batalla por el poder. A esta ciudad es a la que me siento fiel y a la que regreso cada semana desde hace muchos años.

***Porque si estoy aquí, por último***, es porque cada semana vuelvo desde la ciudad donde trabajo y doy clases, que es Zaragoza. Desde hace catorce años, con alguna interrupción para criar a mis hijos, soy profesora en la Universidad de Zaragoza. Por lo tanto vivo, pero no trabajo, en Barcelona. Vivo, pero no trabajo, en Cataluña. Soy una barcelonesa que se gana la vida en Aragón, siguiendo el camino inverso, río arriba, de tantos aragoneses. El tapón generacional, los recortes y los cambios en el sistema universitario me llevaron a buscar una opción laboral más digna lejos de aquí. Pero nunca me he querido trasladar, tener casa ni habitación propia lejos de aquí. Voy y vengo, primero en autobús, ahora en AVE, y pernocto en hoteles. Mi casa está aquí, y a menudo me pregunto por qué, sobre todo cuando se hace tarde de regreso y la noche me pesa.

***¿Por qué vuelvo? ¿Por qué sigo volviendo?*** Nunca he estado enamorada de Barcelona, como hace algunos años intentaron vendernos a los barceloneses. Nunca me he creído aquella autocomplacencia de los ciudadanos enamorados de su ciudad y, por lo tanto, de ellos mismos, un sentimiento que en Barcelona se ha convertido en *marketing*, diseño e ideología. ¿Qué es lo que me vincula, entonces, de una forma tan potente a esta ciudad? Es de eso de lo que os quiero hablar. Quizá porque no lo tengo claro y preparar este pregón me ha ayudado a pensarlo. Y creo que compartirlo nos ayudará a pensar, quizá, qué hacemos aquí cada uno de nosotros, qué nos vincula y qué nos compromete con los demás.

### III

***Hay muchas Barcelonas, pero la Barcelona a la que me gusta volver es, en primer lugar, una ciudad a la que no le gusta el poder.*** Ni la exhibición de poder, ni el abuso de poder, ni la proximidad al poder. Una ciudad que sabe que la mejor soberanía es estar lejos de los que mandan: reyes,

emperadores, potentados, financieros, dueños, patrones... Cuanto más lejos, mejor. «Que se vayan todos», como decían en Argentina durante la crisis de 2001. La Barcelona que me gusta es una princesa que no desea reino ni marido. Una mujer libre, como lo quisieron ser las «mujeres libres», las mujeres anarquistas de los años treinta.

En Barcelona, en general, no nos gusta que nos manden, ni los de fuera ni los de aquí. Es una virtud muy catalana que, pase lo que pase, nunca deberíamos perder. Porque no nos gusta que nos manden, tenemos tendencia a reaccionar con contundencia a los abusos de poder, como hemos podido ver esta última semana. A nivel global, recordemos la importancia que han tenido en Barcelona el Movimiento contra la Guerra, el Movimiento Antiglobalización o las recientes protestas de Queremos Acoger contra el cierre de fronteras a los refugiados. A nivel local, la larga lucha contra la especulación inmobiliaria y la precariedad económica hace décadas que opone resistencia y abre espacios de vida en la ciudad.

Desde ese mismo espíritu antiautoritario, Barcelona también ha hecho de sus calles el lugar de encuentro de toda la Cataluña que, independentista o no, se insubordina y se organiza contra la prohibición de poder ejercer el derecho de los catalanes a la autodeterminación. Tengo alergia a cualquier nacionalismo, propio o ajeno. Trabajo en una ciudad española, y la gente de esta península (y la de cualquier otro lugar) nunca será mi enemiga. Siempre he pensado que el mapa de los estados, todos, con sus colores y sus líneas rectas, nos engaña. Sus amables colores son el resultado de una geografía de guerra. No existe estado sin frontera y ejército. A mí me gustan más los mapas geográficos, donde vemos la forma real de los valles, las montañas y los ríos, que no se detienen en las fronteras. Como estoy explicando hoy, creo en un mundo común, hecho del ir y venir libre de la gente. Pero ante un estado que convierte una pregunta legítima en una acción ilegal, ahora mismo solo queda espacio para una respuesta colectiva contundente que transforme, de raíz y sin complejos, ese estado. Desde aquí quiero hacer una mención especial a los detenidos e imputados y a los estudiantes, los estibadores y la gente que sigue concentrada en estos momentos en la calle. No se trata, tan solo, de poder votar. Se trata de poder decirnoslo todo, para poder cuestionar radicalmente las bases y las condiciones de nuestra convivencia, no únicamente nacional, sino también política y social. La Barcelona que me gusta es la que no tiene miedo de los grandes cambios y que, por eso mismo, tampoco acepta planes ya escritos para llevarlos a cabo.



***La Barcelona a la que me gusta volver es, en segundo lugar, una ciudad donde existe un sentido de la vida en común.*** En Barcelona de todo se hace negocio, somos tenderos y comerciantes, pero estoy convencida de que la privatización de la vida aún tiene aquí un límite. Encuentra resistencia. Actualmente lo estamos viendo en la resistencia de los barrios a los efectos del turismo masivo. No es turismofobia, como se ha dicho. Es resistencia al capitalismo salvaje y a sus efectos devastadores. Y debo decir, contra todos los intentos de culpabilización y de criminalización, que estoy orgullosa de esas resistencias. Cuando empezó la crisis y empezaron a marcharse los jóvenes de toda España, recuerdo que circuló una carta de una chica de Madrid que decía: «Yo quiero vivir aquí». Hay que seguir diciéndolo: ante la expulsión aparentemente inevitable de tanta gente que ya no puede pagarse la vida en Barcelona, queremos vivir aquí, y el único modo de hacerlo es luchar juntos. «Juntas podemos», como decía la gran pancarta que colgaba del Banco Okupado de la plaza de Catalunya.

Vivir juntos no quiere decir vivir a la defensiva ni solo entre nosotros, como si fuésemos el poblado de Astérix. Toda Europa está ahora atrincherada y a la defensiva, y Barcelona no puede caer en esa trampa. Tampoco ahora, con el argumento de la seguridad contra el terrorismo. Como decía antes, una ciudad está hecha del ir y venir libre de la gente. De hecho, el nosotros barcelonés es una ficción construida a partir de todos los pueblos, acentos y paisajes que llevamos con nosotros los que vivimos aquí. Hay ciudades de un solo paisaje y de una sola lengua. Barcelona, en cambio, es de mar y de montaña, tiene cerca playas y pozas de río, es seca y húmeda, es urbana y de pueblo, cosmopolita y provinciana. Barcelona habla catalán y castellano en todos sus acentos posibles, y cada vez más lenguas que, poco a poco, debemos ir aprendiendo a recibir y escuchar. He visto a mis hijos aprender a hablar y a respirar en esta diversidad fonética, de tonos y de expresiones. Os aseguro que es lo más rico que tenemos.

***Decía que hay muchas Barcelonas, pero la Barcelona a la que me gusta volver es, por último, una ciudad donde existe vida política fuera de los partidos políticos.*** En Barcelona, históricamente, ha habido una cultura y unas formas de organización colectivas que no pasan por el sistema de partidos ni dependen de él. Quienes me han invitado a hacer el pregón saben muy bien que no me gustan los partidos políticos. Creo en el sistema público, pero no en el sistema de partidos. Creo en la política, pero no en el tacticismo ni en el politiquero. Nos queda mucho por hacer y por imaginar aún, si lo que queremos es transformar la política. Por si algún periodista

al que le toca trabajar hoy aún lo duda y está buscando una exclusiva para mañana, no estoy en ningún partido político, ni orgánicamente ni a su sombra. Y si quisiera estarlo, lo haría abiertamente. Conozco gente, y confío en ella, que está en las nuevas formaciones políticas y en la CUP, porque hace muchos años que compartimos luchas en los movimientos sociales. Llevando más allá la frase más importante del 15M, podríamos decir que «a mí, ni mis amigos me representan».

Mi nosotros, aquel que creo que en Barcelona tiene una potencia política especial, es un nosotros sin nombre hecho de todos nuestros nombres, autoorganizado, que actúa en muchos ámbitos de la vida social (barrios, escuelas, entidades sociales, ateneos, grupos de afinidad, asambleas, cooperativas, etc.) y que solo de vez en cuando sale a la luz pública para hacer grandes movilizaciones. Parece que no esté, y siempre está. Es concreto pero anónimo. No estoy haciendo romanticismo espontaneísta. Hablo de lo más real: del compromiso diario de mucha gente, sin la cual no existiría ni sociedad civil ni democracia, las dos grandes palabras fetiche que le gusta invocar al poder para no quedarse ni demasiado solo ni demasiado desnudo. Desde este punto de vista, Barcelona, en continuidad con el resto de Cataluña, es un caldo de cultivo de gente que actúa al margen del poder, o atravesándolo. Lo que estoy diciendo puede sonar ingenuo, pero os aseguro que no lo es en absoluto. Sin esta politización de la vida cotidiana, no existe ciudad ni país.

Mucha gente de mi generación descubrimos esta Barcelona, la del nosotros sin nombre hecho de todos nuestros nombres, hace ahora veintiún años, el 28 de octubre de 1996, durante el desalojo del Cine Princesa. Aquel día, para muchos de nosotros, la ciudad olímpica, sus relatos de éxito y los silencios, negocios y torturas sobre los que se había construido, se resquebrajaron y aparecieron otras presencias y otras formas de hacer ciudad. Muchos nunca habíamos puesto los pies en una casa okupada, otros sí. Pero el llamamiento de aquella tarde en la Vía Laietana funcionó como un catalizador de mundos que se encontraron y se activaron, hasta hoy. Esa es la Barcelona a la que me gusta volver, ese es el calendario que hoy quiero recordar.

## IV

Esta ciudad a la que no le gusta el poder, que tiene un sentido de la vida en común y que sabe organizarse políticamente sin depender de los partidos, es la ciudad a la que me gusta volver, que me vincula y me compromete. Donde encuentro un nosotros que me amplía los horizontes y una vida que no es solo una vida privada. Cuando vuelvo aquí, llego a una casa que no es solo mi casa ni la de los míos.

***Me gustaría poder decir que esta ciudad a la que vuelvo es una ciudad donde la cultura es el verdadero medio, el ecosistema vivo donde se desarrolla y se impulsa la vida colectiva,*** pero no puedo decirlo porque siento que no es así. En Barcelona, como en tantas otras ciudades del mundo, lo que llamamos cultura se ha convertido en un producto festivalizado, vinculado al consumo y al turismo. Pero la cultura es otra cosa, es la posibilidad de relacionar, con sentido, los saberes y la vida, lo que sabemos y lo que queremos. No necesitamos ser un Manhattan mediterráneo ni hacer coincidir, en un parque temático, todas las culturas del mundo, como pretendió el Fórum Universal de las Culturas en el año 2004. Si queremos ser una ciudad de cultura, es mucho más importante que la educación funcione y abra caminos no tan solo para entrar en el mercado laboral, sino para aprender, juntos, a vivir. La cultura es precisamente eso: aprender juntas a vivir.

***Me gustaría poder decir que esta ciudad a la que vuelvo es una ciudad donde la igualdad es la base de la libertad, y tampoco puedo decirlo, porque cada día está más claro que no es así.*** La desigualdad crece a una velocidad que da miedo, y la exclusión y la violencia arraigan y se normalizan en nuestros barrios. Han cambiado muchas cosas. La gente que sufre, hoy, tiene muchos rostros, historias muy diversas y muchos colores de piel. Los hay que llegan de la guerra, bélica, de género, política o ambiental. Los hay que descubren la pobreza o se reencuentran con ella después de una generación de vivir bien. Nuestra nueva pobreza convive con la miseria global. La pobreza y la miseria no tienen fronteras, por mucho que Europa y sus políticas migratorias piensen que sí. Las ciudades no pueden resolverlo todo, pero grandes o pequeñas son el lugar donde todos los problemas se visibilizan y se encuentran. Esos problemas no son el obstáculo ni el daño colateral de nuestro éxito global. Son nuestra realidad compartida, y así los debemos asumir.

***Me gustaría poder decir, también, que Barcelona es una ciudad que sabe qué quiere ser, que tiene una idea de sí misma, por disparatada que sea, y me parece que tampoco es así.*** Hemos pasado, en pocos años, de ser una ciudad posindustrial medio abandonada a ser un escaparate global del consumo turístico. Sabemos que no queremos acabar como Venecia, pero ¿qué queremos ser? En un momento dado teníamos que ser el epicentro de una región metropolitana, mediterránea y sudeuropea que atravesaba y desbordaba los estados. Ahora se plantea el reto de ser la capital de una república catalana que aún no ha nacido y que, hasta el momento, no sabemos con qué forma y complicidades lo hará. Puestos a fabular, me la imagino como una república junto con las demás repúblicas ibéricas, libres de estado.

Los cambios que ha vivido Barcelona en poco tiempo son inmensos. Si miramos atrás, veremos pasar una película a cámara rápida, llena de aciertos y de desaciertos. Pero si miramos hacia delante, ¿qué vemos? Os lo pregunto a cada uno de vosotros. No os pregunto qué pasará con las principales noticias que dictan ahora mismo la actualidad, no lo podemos saber. Os pregunto cómo os imagináis que viviréis, que viviremos cada uno de nosotros y con los demás, en un futuro no muy lejano. ¿Os imagináis haciendo lo mismo que hacíais? ¿Podréis pagar el piso donde vivís? ¿Conduciréis el mismo coche o ya habremos abandonado, por fin, el coche particular? ¿Querréis del mismo modo? ¿Cómo educaréis a vuestros hijos, si es que los tenéis? ¿Seguiréis viviendo aquí? Yo espero seguir volviendo, pero debo decir que me cuesta imaginar la vida que podemos hacer juntos. El presente que estamos viviendo es tenso y difícil. En todas partes. El futuro del mundo es oscuro ahora mismo. Pero la vida se ilumina cada día si aprendemos a imaginar. Imaginar no es dejar volar la fantasía de cualquier forma, sino generar ideas y sensaciones que abran el mapa de lo que es posible. ¿Cómo podemos reaprender, hoy, a imaginar juntos la ciudad y, por lo tanto, el mundo que queremos?

Como decía antes, he aprendido de mis padres, y también de muchos amigos y compañeros que han venido después, a no confiar en los visionarios, ni en los planificadores, ni en las tácticas del sistema de partidos, ni en los vendedores de ideas de patas cortas. Y de la filosofía (de la que he hablado poco en este pregón porque es de lo que siempre hablo), he aprendido a confiar en una posibilidad que tenemos todos: la posibilidad de pensar radicalmente cómo queremos vivir. De poderlo pensar, de verdad, al menos una vez. Solo tenemos que hacernos una

pregunta: de todo lo que tenemos, vivimos, deseamos..., ¿qué nos importa realmente? Es una pregunta que nos lleva a buscar lo esencial. No las esencias, sino lo verdaderamente importante. Es una pregunta terapéutica y revolucionaria que, de golpe, acaba con muchas preocupaciones, muchas trampas, muchas excusas y muchas complicaciones, íntimas y colectivas. Es el primer paso hacia una imaginación realmente libre. Las buenas soluciones, como saben los artesanos, siempre son las más simples. Hacedos esta pregunta ahora mismo, por un momento, o mañana, otra vez. Repetidla durante las fiestas, mientras bailáis y quedáis con vuestros amigos y los perdéis entre la multitud. Y repetidla en los difíciles días que se avecinan. De todo aquello que vivo, ¿qué es lo que realmente me importa? Hacedos la pregunta y no solo os encontraréis a vosotros mismos, reencontraréis la ciudad, porque reencontraréis a los demás. La ciudad donde queréis vivir, el mundo donde queremos estar juntas y celebrar, año tras año, que nos podemos reencontrar. Quizá el presente resulte turbio, pero, tal y como me enseñó a decir hace poco un menorquín: *a més mar, més vela!*

Hoy empieza el otoño. Hoy empiezan las Fiestas de la Mercè. Hoy dicen que hay menos coches en la ciudad. Y cada día empiezan de nuevo nuestras vidas, mientras nada lo impida. Con los que están y con los que no, con los que este año han vuelto, con los que desean hacerlo y con los que ya nunca más podrán hacerlo. Para todos y todas, ahora sí, ¡feliz Mercè!

© del texto, Marina Garcés  
Cartel de la Mercè 2017: Javier Mariscal

Ajuntament de  
Barcelona

